

DOCTOR TÚA

J. Benito FERNÁNDEZ

No corría una brizna de viento. El calor era espeso a primera hora de la tarde en un Madrid meloso. Nos habíamos citado en la puerta del museo Reina Sofía, sin caer en la cuenta de que ese día, martes, estaba cerrado. Con anterioridad, en junio, mientras echaba un ojo a las novedades de un centro comercial con una amiga, ella fijó su atención en un libro que adquirió a escondidas y me regaló a la salida del establecimiento. Al abrir el envoltorio, el obsequio me causó una gran desazón. El título: *Leopoldo María Panero, el último poeta*, el autor: Túa Blesa. En la cubierta de la editorial Valdemar una foto solarizada de Panero con mirada de cuchillo advertía del interior. La foto del autor en la solapa me transporta a los años veinte del siglo pasado, a la época de esplendor de Jay Gatsby: cuello esmoquin con pajarita ajustada al gaznate, peinado relamido, mandíbula acentuada, mirada libidinosa. Inquietante. De inmediato creí que ese caballero había llevado a cabo la idea que me rondaba hacía años: escribir la biografía del poeta novísimo. Tras hojear las páginas del libro pude respirar con alivio. Pero a la vez apremiar mi proyecto. Leído el ensayo del profesor Blesa, de la Universidad de Zaragoza, inicié las pesquisas para dar con él. Le dejé un mensaje en el contestador telefónico y me devolvió la llamada. Rastreó en la centralita de Televisión Española, donde yo trabajaba de redactor, hasta que dio conmigo. Le expliqué el motivo de mi llamada, le anticipé mi idea y, aprovechando un viaje suyo, nos citamos en Madrid, en la puerta del museo Reina Sofía. Aquel que me espera ya no es Gatsby, es un hombre más terrenal, más próximo, es Túa. En torno a unas cervezas, en un bar del barrio peroramos largamente con intercambio de gustos literarios; luego le invité a mi casa, donde le mostré todos los materiales con que contaba para seguir con el itinerario trazado. Confió en mí, vio que aquello iba en serio. A partir de nuestro encuentro él fue mi guía: me sugirió lecturas, me regaló dedicado su *Scriptor Ludens* para conducirme en la no siempre comprensible poesía de Ignacio Prat, puso a mi disposición todo tipo de documentación a su alcance, me facilitó coordenadas de interlocutores tan importantes como los poetas Ángel Guinda o Francisco Ferrer Lerín, hoy buenos amigos míos.

Cuando en mayo de 1999 publiqué *El contorno del abismo. Vida y leyenda de Leopoldo María Panero*, Túa, en una crítica en *ABC Cultural*, sostuvo que mi libro acababa con la leyenda del vate. Sin escatimar elogios, escribió: “espléndida biografía” de “lectura apasionante”; “una muestra de rigor”, de “narración ágil”, un “trabajo excelente”. Aquel despilfarro de generosidad afianzó nuestra

amistad. Todavía sin correo electrónico, manteníamos correspondencia; me enviaba trabajos suyos —“cosillas”, las llama él—, acompañados de afectuosas dedicatorias con caligrafía de insecto aunque no indescifrable, en el interior de sobres del Departamento de Lingüística General e Hispánica de la Universidad de Zaragoza publicados en *Tropelías* —revista que él atinadamente dirige— y otros boletines (“Confusa turba de discursos mudos”, “Circulaciones”, “Textimoniar”, “La poesía de Jaime Gil de Biedma, leída desde *Canción final*”); también me hizo llegar su espléndido *Logofagias. Los trazos del silencio*, donde se interna en algunas voces de José-Miguel Ullán, Leopoldo María Panero, Eduardo Hervás y Eduardo Haro Ibars. Y, a la hora de los desplazamientos, nunca me faltaron sus muchos cariños desde Canarias, La Graciosa, Milos... con divertidos fotomontajes de él y Elena Pallarés (Túa como Narciso en la pintura de John William Waterhouse, la pareja como Venus y Adonis, como Adán y Eva en el Jardín del Edén, entre ruinas románticas, etcétera). A Elena, también poeta y profesora, yo todavía no la conocía.

Siempre ocupado en la dirección de tesis doctorales, cursos de verano o en sus cosillas, Túa se agazapa tras el contestador —es difícil escuchar su voz por teléfono— y hace poesía del silencio. Tampoco descansa en la labor de editor de la obra paneriana —dudo que le quede algún verso por desgranar—, en cuyos prólogos soy citado invariablemente. Me ha convertido en una referencia obligada entre los panerólogos. Cuántos tesinandos me ha mandado por correo o de modo presencial, a los que he atendido más que gustoso.

Cuando fui por Túa invitado a participar en el congreso “Poéticas novísimas. Un fuego nuevo”, celebrado en el Palacio de Congresos de Zaragoza entre el 24 y el 27 de abril de 2002, tuve la ocasión de conocer al fin a la sin par Elena Pallarés, su Zelda Sayre (Fitzgerald de casada), mujer soñadora sin límites que apareció sentada encima de una nube de color rosa. Túa y Elena son una pareja de la Generación Perdida, dos celebridades. La misma noche de mi llegada al hotel, donde tenía lugar una cena con todos los participantes, también tuve la oportunidad de iniciar amistad con quien había mantenido largas conversaciones por teléfono, el cada vez más insigne poeta Francisco Ferrer Lerín, de quien apenas me separé las jornadas de auditorio. Divertidísima fue su intervención. Ni que decir tiene que en esos días me crucé en varias ocasiones con mi biografiado, un desmadejado Leopoldo, quien parecía haberme olvidado, aunque no sin advertirme que me había enriquecido a su costa. Sobre él leí mi ponencia: “Quien escribe el dolor”. Como broche final del congreso Túa invitó a los concurrentes a presenciar un concierto en la sala En Bruto, local de música en vivo para los oídos más exquisitos. El recinto estaba abarrotado. No cabía nadie más de pie. Sobre el escenario del oscuro establecimiento y entre una muralla de cabezas saltarinas envueltas en una nube de humo vi a un tipo enfebrecido que profería melodías en apariencia agresivas, acompañado de una banda que producía una intensidad sonora indescriptible, de crudas guitarras amplificadas y distorsionadas. Acabada la pieza súper punk y vitoreado por los fieles, el solista gritó su agradecimiento a la presencia en la sala del “¡Profesor Pozuelo Yvancos!”. ¡Eran Doctor Túa y Los Graduados!. El estudioso de la teoría del Poema y de la Semiótica Literaria había cambiado la tarima por el

escenario, había canjeado la unidad discursiva de Derrida y Deleuze por Rotten y su tropa, la Razón y el Pensamiento por la batahola y el caos.

Lejos de los escenarios y pasado un largo tiempo, las últimas veces que coincidí con Túa fue en el congreso *Leopoldo María Panero: la palabra poética y sus límites*, celebrado en Astorga en julio de 2017 —Túa mediante una larga videoconferencia con toda suerte de inconvenientes técnicos, y de modo presencial— y en el difunto 2018 con motivo de dos presentaciones librescas. Una en Madrid, en junio, en la antigua Casa de Fieras del parque de El Retiro, hoy convertida en biblioteca pública, donde Túa dio a conocer *Los papeles de Ibiza 35. Poemas, cuentos y ensayos inéditos*, de Leopoldo María Panero. Quién si no iba a hacerlo. Túa es la máxima autoridad en el creador de *Teoría*. Y en otra ocasión nos dimos cita en Zaragoza. Aunque él tiene una ganada fama como crítico de poesía —es el crítico soberano— en enero logré persuadirle para que presentara mi último trabajo en la fatalmente cerrada librería Los Portadores de Sueños, gobernada por mis queridos los heroicos Félix González y Eva Cosculluela. Ante un exiguo auditorio, Túa volvió a deshacerse en encomios acerca de *El incógnito Rafael Sánchez Ferlosio. Apuntes para una biografía*. Con los libros no hago otra cosa que ganar amigos como Túa, doctor Túa.